

las relaciones "formales" e "informales" del clero

el diagnóstico de una situación

Hecho

El paso de la estabilidad psicológica subjetiva en las Relaciones formales clásicas y tradicionales a la inestabilidad psicológica subjetiva en la situación Relacional actual.

Una de las características más profundas del Cambio Social que se está realizando es sin duda alguna la inflación que padecen ciertos valores y el aprecio o estima de nuevos valores, distintos y a veces hasta contrapuestos a los anteriores.

Las relaciones en la cultura tradicional:

En el universo de las relaciones formales (autoridad - súbdito - organismos institucionales) el principio fundamental que regía en la cultura tradicional estos valores era el principio de AUTORIDAD y paralelamente el de SUMISION Y OBEDIENCIA. "El que más manda más sabe y siempre tiene razón" (Carlo III, Ordenanzas Militares).

En nuestro país y en muchos más eran las existentes en el Ejército (entidad de forzoso paso de la mayoría de la población varonil), las relaciones modélicas por su estabilidad, su ausencia aparente de problemas, su eficacia y su funcionamiento.

El "cuerpo clerical se fijó excesivamente en ello. Existía un exagerado paralelismo entre el "cuerpo clerical" y el "cuerpo militar". Hasta en las mismas manifestaciones externas, las maneras de comportarse, lo relativo a saber llevar con dignidad el uniforme...

Los "eclesiásticos" sufrieron la influencia de cierta sociedad absolutista a la que mimetizaron excesivamente (¿exigencias de una encarnación en una cultura concreta?), llegando en casos extremos a convertir esta categoría y jerarquía de valores culturales, del contexto socio-cultural de una época casi, casi en dogma, inamovible.

Norma paralela fundamental en las personas era la acomodación al orden establecido.

Así las cosas, la situación psicológica subjetiva de las personas era estable en tanto que estable era el contexto socio-cultural que las sustentaba. La situación favorecía en cierto sentido la anulación de las personalidades de los súbditos o por lo menos no favorecía el desarrollo de esa misma personalidad, al tiempo que el líder estaba tentado a desarrollar en exceso su propio Yo o incluso a caer en situaciones de auténtico culto a la personalidad; pero no caía mal, era lo normal, lo que debía ser. Puede hablarse ciertamente de la inexistencia de las "personas" de los súbditos en el auténtico sentido actual de la palabra.

Al hacer la valoración de una situación así, no será lícito extrapolar la Historia. Se ha dicho con razón que el hombre de la Edad Media no se planteó nunca el problema de la libertad y de la responsabilidad personal porque se encontraba realizado plenamente en la sumisión (1). Por lo tanto plantearse el problema de la libertad y responsabilidad en términos de hoy o sencillamente en términos de revolución francesa, aplicado al hombre del medioevo es extrapolar la Historia.

Los valores de la nueva cultura

La nueva cultura o las nuevas subculturas generacionales ponen en crisis la jerarquía de valores existentes. Frente a la OBEDIENCIA-SUMISION, supremo valor en la situación relacional vertical anterior, surge como valor supremo LA CREATIVIDAD, LA REALIZACION PERSONAL, que hay que salvar por encima de todo, a pesar de la existencia de la autoridad, de la estructura y de las relaciones formales existentes. Nadie puede negar que la convivencia

y la coexistencia de las dos jerarquías de valores, una (la primera) formal y legalizada y otra (la segunda) informal pero viva, progresiva y creciente, crea tensiones visibles o inestabilidades psicológicas profundas.

La inversión, en cierto sentido, de los valores, modelos de pensamiento, que en definitiva condicionan y dirigen las normas de comportamiento y todo tipo de manifestaciones externas de la personalidad, es clara y progresiva.

La dinámica de esta inversión progresiva de valores produce en las personas tensión y desasosiego. La insatisfacción de las personas afectadas en mayor grado por el predominio de una u otra escala de valores produce una inestabilidad psicológica personal que hace difícil el mantenimiento de la Institución tal y como se presenta a nivel formal en el momento presente.

Las previsiones de cara al futuro no pueden ser más claras. El movimiento es irreversible y la segunda escala se abrirá paso, no definitivamente, claro está, pero sí como signo y característica de la nueva cultura.

Damos a continuación una serie de indicadores, sacados de la Encuesta, de la afirmación que como hipótesis hemos avanzado.

MANIFESTACIONES

Las frías relaciones con el Obispo

A primera vista y en conjunto no se pueden calificar de cálidas unas relaciones cuya frecuencia supera a los tres meses en el 75 por ciento del clero, siendo superior este porcentaje en la medida que la

edad disminuye, sobre todo teniendo en cuenta que el clero español en general y sobre todo los más jóvenes están reclamando también en conjunto, una frecuencia mayor (1100 y 1101)*.

Cerca del 70 por ciento del clero joven adopta actitudes que podríamos calificar de negativas o simplemente pasivas y frías de cara al obispo. Lo que en la encuesta se nos da como indicadores de relaciones de *confianza* y *cordialidad* (en una palabra, que satisfacen) son las generaciones más jóvenes, valores que oscilan alrededor de 30 por ciento. Hay que advertir que en el extremo opuesto, las actitudes francamente positivas, bordean el 50 por ciento. Si a esto se añade el que las ocasiones de conversación y contacto con el obispo tienen una finalidad prácticamente burocrática en la mayoría de los casos, y que los sacerdotes opinan que su obispo está poco informado de sus problemas personales, de su forma de pensar, de su forma de actuar (sobre todo de los más jóvenes) y que se tiene la impresión de que esta falsificación de conocimiento lo recibe a través de medios inadecuados o ineficaces de información..., es claro que una gran mayoría del clero rechaza la actual situación relacional con su obispo, por fría, burocrática, falta de humanidad y contraindicada en el momento presente (1102, 1103, 1104, 1105, 1106, 1107, 1108, 1114 etc.).

Nos atrevemos a sugerir que la actual situación no necesita una "reforma" sino un planteamiento radicalmente nuevo, tanto desde el punto de vista estructural (dimensión de las diócesis etc.) cuanto desde el punto de vista del concepto de autoridad, ampliamente inaceptado por los sacerdotes en las condiciones que se da entre nosotros en la actualidad (2011).

Las burocráticas relaciones con la Curia (1118).

Las posiciones mentales de entender y de ver la Curia como organismo burocrático - empresarial, sin contenido pastoral o contrapuesto incluso a lo pastoral son masivos (70 por ciento ca.) y estas posiciones se agudizan en los sectores más "mentalizados" del clero. Si a esto se añade el que muchos sacerdotes ven en estos organismos grupos informales de presión que orientan las decisiones de la dirección de la diócesis en la misma dirección de su mentalidad e intereses, y que otras veces actúan como murallas para que el obispo no conozca la auténtica realidad de las situaciones de los curas y de la base del pueblo, se puede inferir claramente qué tipo de relaciones pueden suscitar.

No es tampoco francamente la actual estructura la que responde a la demanda relacional de los sacerdotes, aunque nadie caiga en la utopía de querer prescindir de todo tipo de organización y estructura para una Institución como la Iglesia.

Actualmente cada vez es más serio y más sentido el problema, con síntomas distintos. Lo que hace unos años provocaba movimientos contestatarios fuertes hoy ya se silencia o se "da de lado", pero siempre con el convencimiento cada vez más marcado de que en gran parte Curia y Organismos Diocesanos, son "cuadros de papel" sin verdadero contenido.

Todo esto hace que una parte muy importante del clero actúe "realmente al margen" de la organización, la soporte como mal menor, o se relacione con ella sin el menor entusiasmo o interés para que funcione mejor. Es algo, y esto

es lo preocupante, que ya nos preocupa a muchos. Se tiene la convicción en ciertos sectores de que las cosas sin contenido, sin apoyo y sin sostén, terminarán por hundirse definitivamente.

Tampoco aquí valen reformas. Es un giro de 180 grados en la orientación. Pero no se crea que esto se piensa sólo de la Curia por la Curia, sino de la misma Institución Iglesia en cuanto hecho histórico encarnado en la cultura y en el sistema social de su tiempo.

Sería interesante apuntar aquí la impresión que se abre paso, cada vez más y cada vez más claramente formulada, de que se hundan las viejas estructuras de la Iglesia, de que un “tinglado venerable” por su antigüedad y validez para tiempos pretéritos no sirve o incluso estorba de cara al presente y mucho más al futuro.

Ante la situación descrita existe sin duda el deseo sincero reformista de la estructura y desde dentro de la estructura clerical. Índices de este deseo pueden ser los Nuevos Organismos Diocesanos (Consejo Pastoral o Presbiteral) creados recientemente en el Concilio, o la misma celebración de Asambleas simples o mixtas de Sacerdotes-Obispos. No creemos decir nada nuevo si afirmamos que no han venido, ni mucho menos, estos Organismos a solucionar el problema estructural, pues la insatisfacción del clero con respecto a su modo de formarse, de actuar, de composición etc. es manifiesta por los resultados del Sondeo y ha sido más bien motivo de desánimo sobre todo en los más jóvenes, aunque en un principio se albergaran esperanzas (2013, 2014, 2015, 2016, 2017).

Y es que, repetimos, el problema está planteado en términos más

hondos, las raíces son más profundas. Es la “estructura clerical” (término que empleamos no despectiva sino cariñosamente) la que no vale por mucho que se la remiende.

Si las Asambleas Mixtas no superan este planteamiento reformista, si no se platean seriamente, no el papel del clero, sino el de la Iglesia en el mundo actual, en el clero y desde el clero existe el convencimiento, ciertamente no suficientemente bien formulado, de que va a ser radicalmente inútil todo esfuerzo.

Las relaciones horizontales: sacerdotes entre sí

Del “cuerpo clerical”, del “clero monocolor”, se ha pasado en poco tiempo a la pérdida entre la masa del pueblo de la figura del cura “como uno más”, unas veces como deseo, otras como realidad, pero siempre como tendencia, a través de una época de fragmentación en grupos sacerdotales pluriformes, que ha quedado en poco tiempo ya desfasada.

Las relaciones sacerdotales horizontales del pasado se definían dentro de una cultura de predominio de la forma sobre el fondo (“los pecados más graves son los que se ven”), y de la sensación grupal de pertenencia a un “In-group”.

Perseguidos o triunfales, los clérigos tenían un grupo de referencia unido que intuía su supervivencia en el mantenimiento de la unidad y uniformidad, no sólo admitida sino deseada y trabajada.

Los psico-grupos primarios o grupos informales en el seno de cada Diócesis han proliferado en estos últimos años entre nosotros.

El grupo sacerdotal ideológicamente y aparentemente monolítico de la post-guerra se ha visto, en los alrededores del Vaticano II subdividido y fraccionado en un gran número de grupos primarios aglutinados alrededor de las diversas corrientes de pensamiento.

Las tensiones grupales, que tienen ciertamente una correlación con las tensiones generacionales, han tenido entre nosotros una agudeza y una gravedad notoria.

Grupos como “los sin nombre”, “los del Derio-Bilbao”, “Grupos de Barcelona”, “los del oeste”, “Os hermandiños...”, los agrupados al calor del “¿Qué pasa?” o “Fuerza Nueva”, “la Asociación de Sacerdotes de San Antonio M.^a Claret”, etc., han hecho pública, a través de distintas acciones de contestación el conflicto o los conflictos que los enfrentaba unas veces entre ellos, otras con la Iglesia global o con las Instituciones socio-político religiosas españolas o de la Iglesia Nacional.

Pero el momento de virulencia de estas tensiones pertenece ya casi a la historia. Con todo las consecuencias han sido duras para las relaciones de los sacerdotes entre sí y han dado como resultado la ruptura del grupo monocolor del que hablamos. La actual situación de descenso emocional y activista, puede hallar sus causas en el cansancio que producen las situaciones de tensión, en las evasiones, incluso totales (secularización o cuasi secularización) de muchos de los líderes de estos movimientos, o el convencimiento y la superación de intentar imponer el “cambio de color” continuando la uniformidad cromática, que ha llevado a muchos a la convicción de un deseo que se rechaza por romántico e inaceptable. Incluso quienes tienen

planteamiento “de izquierda”—por llamarlo de algún modo— intenta que el clero permanezca “monocolor”, pero de izquierda. Lo cual quiere decir que no se ha superado, incluso en esos, un planteamiento clerical de la visión de la Iglesia.

Aparte de estos grupos marginados o cuasi-clandestinos ha habido y hay toda una proliferación de grupos informales bajo la capa de un cierto grado de formalización artificial: revisión de vida, de trabajo, de ayuda mutua... en general aceptados por la base en los datos del sondeo y que puedan ser indicados de por donde van los deseos y las búsquedas relacionales de los sacerdotes hoy (1018, 1124...). Es más estos grupos no están siempre marcados por el sello de lo “clerical” y es lástima que el sondeo carezca de indicadores porque en los pequeños grupos de seglares suelen ya muchos sacerdotes “integrarse” *como uno más*, aunque con una función clara y marcada de líder religioso.

Relaciones con los laicos

No se puede hablar de esto sin hacer alusión a la crisis que se deriva de la situación ambigua que perciben hoy los sacerdotes de su propio “rol”, papel a jugar y su mismo “status” (sacerdocio = profesión) dentro de la sociedad global dentro de la Iglesia y, repetimos, de sentido y de la misión de la misma Iglesia en el mundo moderno.

La ascensión de la personalidad en general y de la personalidad dentro de la Iglesia de los Laicos, el prestigio cada vez mayor que en una sociedad laica y desacralizada van ganando personas e instituciones, en otro tiempo marginados, se perciben desde la subjetividad de muchos sacerdotes como merma

del propio prestigio (personal y de grupo) aún del propio papel a realizar.

Mantiene, eso sí, y a todos los niveles, tanto en el campo como en la ciudad, un cierto prestigio ambiguo, pero su influencia (la del clero) se va paulatina y progresivamente privando de resonancias religiosas específicas.

Se buscará muchas veces en él al asistente social, quizá hasta al promotor y animador de una promoción humana, se tenderá a involucrar al cura en los servicios sociales, pero no se encontrará en la medida deseable el espontáneo deseo y el respeto por la función evangelizadora del sacerdote.

El sacerdote siente que sus relaciones con los hombres se han des-

virtuado y llegará a plantearse la pregunta relativamente radical: ¿el cura para qué?

Y decimos que “relativamente radical” porque la últimamente radical empalma directamente con la línea de fondo de todo este Documento: ¿la Iglesia hoy, para qué? ¿Cuál es su misión?

Es necesario cuanto más en este punto clarificar visiones y hacer una auténtica crisis —“juicio de Dios”— a las estructuras vigentes que empañan excesivamente el papel que los creyentes intuyen como MISION DE LA IGLESIA EN EL MOMENTO PRESENTE.

LA MISION SALVADORA Y REDENTORA DEL HOMBRE INTEGRAL DE TODO LO QUE A ESTE HOMBRE EN EL MOMENTO LE OPRIME Y LE EXPLOTA.

NOTAS:

- (1) S. Th. II-II, q. 104 a. 6 “...que los inferiores obedezcan a los superiores, porque de otro modo sería a ruina de la sociedad...”

* Cf. nota, p. 260.